NEW LEFT REVIEW 157

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2026

EDITORIAL

SUSAN WATKINS — Trump en el exterior — 7

ENTREVISTA

ERVAND ABRAHAMIAN — Irán bajo el fuego militar — 39

ARTÍCULOS

XI RUOCHEN — En busca de buenos libros — 65

ROHANA KUDDUS — El primer año de Prabowo — 99

COSTAS LAPAVITSAS — El imperialismo del dolar — 119

CRÍTICA

TONY WOOD — ¿Una república bolivariana de las letras? — 153

NAUSICAA RENNER — Partido y clase — 167

EMILIE BICKERTON — Godard subterráneo — 181

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE — DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA

SUSCRÍBETE

traficantes de sueños

Editorial

SUSAN WATKINS

LA POLÍTICA EXTERIOR DE TRUMP

En 2018 Dylan Riley, en su artículo «¿Qué es Trump?», definió al cuadragésimo quinto presidente como disfuncional para el orden dominante estadounidense[1]. Producto híbrido del inframundo del sector inmobiliario y la industria del entretenimiento, su ascenso se debió en gran medida a la ira popular ante la gestión de los rescates financieros y de la Gran Recesión por parte del Partido Demócrata y su labia habitual. Sería engañoso, argüía Riley, asimilar el carácter *sui generis* de Trump como figura política a cualquier categoría general: autoritarismo, populismo, fascismo, «semifascismo»; como estudioso del fascismo europeo, Riley se mostró inflexible al respecto. Trump podría comprenderse mejor como una amalgama incongruente de los tres «modos de gobierno» diferentes, tal y como los definió Weber, que opera como un cuerpo extraño en el seno de la burocracia federal. La combinación de un líder carismático en potencia, que gobierna de forma personalizada y neopatrimonialista sobre un Estado legal-racional, inserto en el seno de una democracia representativa oligárquica, entrañaba múltiples contradicciones. La incoherencia del gobierno era estructural. El entorno de Trump, formado por millonarios lumpen y trepas de extrema derecha, era demasiado pequeño e inexperto para dirigir la maquinaria federal, que se jactaba de bloquear su agenda[2]. Más allá de los aranceles impuestos a China y la beligerancia contra Irán a lo que debe añadirse en el frente interno, los recortes fiscales, los regalos

[1] Dylan Riley, «¿Qué es Trump?», *NLR* 114, enero-febrero de 2018.
[2] Anónimo, «I am Part of the Resistance inside the Trump Administration», *The New York Times*, 5 de septiembre de 2018.

a los votantes y los jueces de derecha, el primer gobierno de Trump logró muy poco.

Pocos dirían que su segundo mandato es ineficaz. En el exterior, Estados Unidos ha bombardeado el programa de enriquecimiento nuclear iraní, ha bombardeado Yemen, ha volado varias docenas de barcos en el Caribe, ha bombardeado Caracas, ha secuestrado al presidente venezolano en funciones y a su esposa, ha secuestrado petroleros, ha lanzado ataques aéreos y con misiles contra Siria, Somalia y Nigeria, ha bloqueado a Irán y Cuba, amenazando a ambos con un cambio de régimen y en el momento de escribir el grueso de este artículo preparaba una guerra a gran escala contra Irán, que finalmente ha llevado a cabo. En el ámbito nacional, ha ampliado la Immigration and Customs Enforcement Agency (ICE) hasta convertirla en una fuerza de combate, que ha matado a tiros a varios opositores de las políticas del presidente. Al igual que Johnson en 1965, Trump ha federalizado la Guardia Nacional, pero con el objetivo contrario: en lugar de acabar con la segregación en el Sur, el ICE está volviendo a segregar las ciudades progresistas mediante la criminalización *ad hoc* de los trabajadores latinos.

2

Pero, ¿hasta qué punto es todo esto funcional para los imperativos del dominio estadounidense? A grandes rasgos, estos podrían definirse de la siguiente manera. Desde 1945 los principales objetivos de Estados Unidos han sido, en primer lugar, estabilizar y defender el orden capitalista internacional; y, en segundo lugar, promover los intereses económicos, políticos e ideológicos de Estados Unidos dentro de ese orden[3]. Durante el primer medio siglo, aunque el camino fue un tanto accidentado, los gobernantes estadounidenses pudieron felicitarse por ambos logros, cosechando la derrota del bloque soviético y la globalización de la inversión y la producción, mientras flotaban en un océano de crédito gestionado por Estados Unidos y se verificaba la incorporación de todas las grandes potencias a un orden mundial liderado por la

[3] Perry Anderson, *American Foreign Policy and Its Thinkers*, Londres y Nueva York, 2017 [ed. cast.: *Imperium et consilium: La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Madrid, 2014]. Sobre los mundos intelectuales de la política clásica estadounidense, véase Anders Stephanson, *American Imperatives: The Cold War and Other Matters*, Londres y Nueva York, 2025; véase también Anders Stephanson y George Kennan, «Correspondencia, 1981-1997», *NLR* 156, enero-febrero de 2026.

potencia estadounidense, animado por ideas que un perspicaz defensor del mismo denominó de manera genial el Consenso de Washington. Es cierto que Estados Unidos había asumido algunas tareas adicionales en el curso de esta evolución, entre otras el compromiso con Israel, que conllevaba obligaciones adicionales en Oriente Próximo, pero estas estaban fácilmente al alcance de un coloso militar dotado de un aparato político-intelectual bien engrasado.

Sin embargo, a raíz de la crisis financiera de 2008 se reveló que estos prodigiosos éxitos habían contribuido a propiciar resultados no deseados: el ascenso de China como un rival enorme y quizá inexpugnable y el declive económico y demográfico del corazón de Estados Unidos, esto es, de las antiguas regiones industriales de clase trabajadora del Medio Oeste septentrional, golpeadas por la caída de las tasas de crecimiento, el estancamiento de los salarios, el empeoramiento de los problemas de morbilidad, el aumento del coste de la vida y la creciente desigualdad[4]. *A posteriori*, ambos problemas se unieron en el discurso de la derecha estadounidense con la fórmula «China nos ha robado nuestros puestos de trabajo», dejando convenientemente de lado la responsabilidad de los consejos de administración y los intereses de los accionistas estadounidenses en la deslocalización del sector industrial. Este doble dilema, que, en el mejor de los casos, pone de manifiesto los límites del poder estadounidense y, en el peor, la llegada del declive del mismo, definió un doble imperativo adicional: la necesidad de poner un límite al descontento de la clase trabajadora nacional y de mantener la primacía estadounidense a pesar del auge de China o en contra de este.

El disfuncional primer mandato de Trump fue tanto un síntoma de este doble dilema como un intento desesperado de encontrar una solución de extrema derecha al mismo. El gobierno de Biden, sin embargo, continuó y profundizó las pocas políticas emblemáticas que aquel había puesto en marcha: sanciones demoledoras contra Irán, respaldo a las atrocidades israelíes en Gaza, embargo de chips semiconductores avanzados para China y una hipotética «política exterior para la clase media», léase para la clase trabajadora, retomando los tropos trumpistas a todo lo cual Biden añadió su propia firma en la triunfalista defensa de la OTAN de Ucrania contra Rusia. El mantenimiento silencioso por parte de Biden de las medidas de Trump, si bien con un barniz ecológico cuyo valor

[4] Sobre las condiciones que propiciaron el ascenso de Trump, véase Benjamin Kunkel, «Great Griefs: Notes on the US Election», *Salvage*, 10 de marzo de 2021.

aún está por determinar[5], supuso una confirmación de las mismas[6]. En ese sentido, al menos, podríamos afirmar que el orden dominante estadounidense había encontrado una función para Trump, a pesar de la disfuncionalidad de su modo de gobernar. Un gobierno normal, como se enorgullecía de ser el de Biden, podía dar pasos más firmes por el camino que Trump había explorado.

Ahora que Trump ha regresado, acumulando hechos y palabras por los que ser juzgado, tal vez sea posible insistir en la cuestión de su funcionalidad para la hegemonía mundial de Washington, es decir, su papel en el avance de los dos imperativos de Estados Unidos. En Davos ya se han emitido veredictos decisivos sobre si Trump presagia el fin del orden internacional basado en normas, el inicio de un nuevo tipo de hegemonía depredadora o iliberal, o incluso el amanecer, largamente pospuesto, de una era multipolar, que se han elaborado en las revistas de referencia de Washington[7]. Reconociendo que en cuestiones clave, entre las que destaca China, todavía no se ha definido una dirección clara para el segundo mandato de Trump, este artículo intenta realizar un ejercicio preliminar. Se propone examinar el historial sobre el terreno en los cuatro principales escenarios del poder mundial estadounidense —América Latina, Oriente Próximo, Europa y Asia Oriental— en busca de cualquier indicio provisional, confiando en que futuros autores intervengan para criticar y corregir cualquier conclusión inicial.

3

Pero primero, una breve reflexión sobre cómo ha cambiado el idiosincrático modo de gobernar de Trump en su quinto año de presidencia. Los

[5] Thomas Meaney, «Las fortunas del *Green New Deal*», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

[6] Quizá siguiendo la tradición de la triangulación de Clinton de las iniciativas de Reagan, aunque ahora de una manera más débil y con un mayor declive. Sobre lo primero, véase Robert Brenner, «Estructura *versus* coyuntura», *NLR* 43, marzo-abril de 2007.

[7] Howard French, «Trump's National Security Strategy Is a Blueprint for the Demise of the West», *Foreign Policy*, 11 de diciembre de 2025; Stephen Walt, «The Predatory Hegemon: How Trump Wields American Power», *Foreign Affairs*, 3 de febrero de 2026; Amitav Acharya, «The World-Minus-One Moment», *Foreign Policy*, 5 de enero de 2026; Michael Hirsch, «No, the International Community Isn't Dead Yet», *Foreign Policy*, 28 de enero de 2026; Mark Carney, «Special Address», Foro Económico Mundial, Davos, 20 de enero de 2026; Friedrich Merz, «Special Address», Foro Económico Mundial, Davos, 23 de enero de 2026.

comentaristas políticos y la rumorología periodística se han centrado en el funcionamiento interno de la Casa Blanca de Trump para descubrir el secreto de su poder. Inevitablemente, en un sistema de presidencia imperial predominan las formas de análisis personalistas o caracterológicas: el personalismo de Trump, basado precisamente en los aspectos neopatrimoniales que señaló Riley. La inclinación de Trump por el espectáculo y por darse aires, su convicción de que la imprevisibilidad es una fortaleza, su impaciencia con los procedimientos y su preferencia por los resultados rápidos: todas estas características tienen efectos en el mundo real, de la política arancelaria a la guerra contra Irán. El enfoque de Trump se describe a menudo como transaccional, pero ese es obviamente el modo normal de hacer política. En realidad, favorece la coacción económica y las demostraciones abiertas de poder, un *modus operandi*, que recuerda las ideas de Charles Tilly sobre el chantaje mafioso como modelo de la violencia del Estado[8]. Pero el personalismo de Trump puede exagerarse. Gran parte del trabajo ejecutivo se lleva a cabo sin él; se dice que sus asesores han fomentado las extravagancias del Ala Este de la Casa Blanca para quitárselo de encima y poder seguir adelante con la agenda, ya que lo único que realmente le gusta es hablar. Además, este método personalista de análisis entraña el riesgo de tomarse las declaraciones de Trump más en serio de lo que se las toma él mismo.

Otro enfoque, más acorde con el análisis de Riley, se centra en el propio proceso de elaboración de las políticas. Según los investigadores del European Council for Foreign Relations, esto ha cambiado en el segundo mandato de Trump, pasando de un modelo tecnocrático a lo que ellos denominan un modelo de facciones[9]. La avalancha de litigios partidistas

[8] «En el lenguaje estadounidense contemporáneo, la palabra "protección" tiene dos connotaciones opuestas. Una es reconfortante, la otra siniestra. De acuerdo con una de las connotaciones, "protección" evoca imágenes de refugio contra el peligro proporcionado por un amigo poderoso, una gran póliza de seguro o un techo resistente. De acuerdo con la otra, evoca la extorsión mediante la cual un hombre fuerte local obliga a los comerciantes a pagar un tributo para evitar daños, que él mismo amenaza con infligir», Charles Tilly, «War Making and State Making as Organized Crime», en Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, 1985.

[9] Jeremy Shapiro, «How the Trump Administration Makes Foreign-Policy Decisions: The Technocratic versus Factional Processes», *Blue Blaze*, 23 de febrero de 2025. El argumento lo desarrolla más a fondo la colega de Shapiro en el European Council on Foreign Relations, Majda Ruge, en «One Battle After Another», ECFR, 6 de febrero de 2026. El podcast de Ezra Klein en *The New York Times* es otra fuente de rumores sobre la Casa Blanca.

incoados por los Demócratas durante sus años de ostracismo garantizó que, cuando Trump y su claque volvieron a entrar en la Casa Blanca en enero de 2025, se mostraran más fuertes y decididos y estuvieran pertrechados con los recursos intelectuales y humanos del conservadurismo estadounidense y del manual de la Heritage Foundation sobre cómo dirigir el Estado federal. El gobierno interno se centralizó bajo la figura robótica de extrema derecha que es Stephen Miller, supuestamente el primer ministro de Trump para asuntos internos, que redactó preliminarmente los cientos de órdenes ejecutivas *antiwoke* y contrarias a Palestina despachadas en los primeros cinco meses de gobierno. De forma aún más amenazadora, Miller se hizo cargo del aparato de Seguridad Nacional establecido por el joven Bush y alimentado por Obama como instrumento para implementar un programa de deportación paramilitar[10].

Entretanto, la política exterior se ha descentralizado y fragmentado. El equipo de Trump se ha dedicado a limpiar los escalones superiores del Consejo de Seguridad Nacional y del Departamento de Estado, desmantelando la cúspide del Estado burocrático «legal-racional». El Consejo de Seguridad Nacional ya no desempeñaría la función de recopilar y filtrar las diversas perspectivas de las distintas agencias militares, políticas y de inteligencia para ofrecer una selección clara de opciones al comandante en jefe. En su lugar, diferentes círculos competirían directamente por la aprobación del presidente. De ahí la «cacofonía estratégica» del segundo mandato de Trump: la vorágine de actividad seguida de retrasos inexplicables, las declaraciones contradictorias y los múltiples planes, aderezados por los comentarios improvisados y los tuits nocturnos de Trump coronando la confusión, mientras las batallas sobre el rumbo que debía seguirse se libraban entre bastidores[11].

Desde este punto de vista, tres perspectivas contradictorias de política exterior luchaban por ganarse la atención del presidente. El sector MAGA partidario de una política exterior restringida, esto es, los partidarios de «America First» o «consolidadores», que institucionalmente son los más débiles, pensaban que Estados Unidos debía dejar de intentar dirigir el mundo y centrarse en sus problemas internos, incluida la frontera sur y, por extensión, América Latina y el Caribe. Su representante en el

[10] Ezra Klein, Ashley Parker y Michael Scherer, «Who Has the Power in Trump's White House?», *The New York Times*, 20 de febrero de 2026.
[11] M. Ruge, «One Battle After Another», cit.

gabinete era Vance. Los «priorizadores», favorables a la línea dura contra China, pensaban en cambio que Washington debía dar prioridad a la República Popular China, la amenaza más grave, y retirarse de Oriente Próximo y Europa, donde se había extendido en exceso. Representado por la dirección de políticas del Pentágono, el patético Hegseth era el líder oficial de los halcones antichinos, pero su adjunto, Elbridge Colby, era el operador más eficaz. Por último, los «primacistas», o internacionalistas, que representaban al *establishment* tradicional de la política exterior, coincidían en la importancia de China, pero argumentaban que, para lidiar con Pekín, Estados Unidos tenía que mantener su primacía global y no podía permitirse parecer débil en ningún escenario; además, mediante el uso hábil de sus aliados e instituciones, podía mantener fácilmente su posición actual en Europa y Oriente Próximo. Los primacistas tenían una gran influencia en el Departamento de Estado, con Rubio como su principal representante, pero también podían movilizar el apoyo político externo de Israel y de los principales Estados europeos a los que los partidarios de «primero China» amenazaban con marginar.

A estas tres posiciones deberíamos añadir a los confidentes y compinches nocturnos de Trump, que, según se dice, constituyen «su propia pequeña superestructura dentro de la Casa Blanca»[12]. Entre ellos se encuentran Stephen Witkoff, Jared Kushner y Ronald Lauder, el consejero de Trump para Groenlandia; el grupo presenta una preponderancia de ejecutivos empresariales prosionistas con sede en Florida y con importantes intereses en el Golfo. En el informe del European Council on Foreign Relations no aparece la bien organizada facción israelí, que incluye a Miller, ni los confidentes con grandes inversiones en China. Ellos también deben esforzarse por presentar el curso de acción deseado en términos que resulten atractivos para Trump y por halagar lo que un escéptico ha denominado su creciente pero errónea confianza en su comprensión de los asuntos mundiales[13].

4

El «modelo de las facciones» tiene el mérito de ofrecer una explicación para los altibajos de la política exterior de Trump. Así sucede en el caso de Irán: cuando Netanyahu, eufórico por la decapitación de Hezbolá y

[12] M. Scherer en E. Klein, A. Parker y M. Scherer, «Who Has the Power in Trump's White House?», cit.
[13] S. Walt, «The Predatory Hegemon: How Trump Wields American Power», cit.

el derrocamiento de Assad por parte de Israel, presionó en marzo de 2025 para que Estados Unidos utilizara la fuerza que había reunido para golpear a los hutíes contra «la cabeza de la serpiente» situada en Teherán, Trump se puso del lado del sector MAGA partidario de la restricción (Vance, Carlson, Bannon, Taylor Greene) y de quienes conceden prioridad a China (el Pentágono, las agencias de inteligencia), que se oponían a empantanarse en una operación de cambio de régimen en Irán, favoreciendo en su lugar el desgaste económico y las restricciones nucleares draconianas, y en consecuencia se ordenó a Israel que retrasara su ataque. La posición de Washington en las negociaciones con Irán efectuadas entre abril y junio se endureció, presumiblemente bajo la presión israelí, para exigir el fin de todo enriquecimiento nuclear. A principios de junio, Trump dio el visto bueno al ataque israelí; entusiasmado por su éxito, desempolvó los planes de Obama para un ataque contra Fordow, lo cual supuso una victoria para los sionistas y los primacistas y un golpe para los partidarios de la restricción, entre ellos Tulsi Gabbard, duramente atacada por Trump por decir que Irán no estaba fabricando armas nucleares, lo cual todo el mundo sabía que era cierto. Le tocó a Vance, el ideólogo de los partidarios de la restricción, rescatar su posición contrastando los magistrales «ataques quirúrgicos» de Trump con las guerras eternas de Bush y Obama.

Del mismo modo, la operación caribeña en curso desde septiembre de 2025 puede interpretarse desde esta perspectiva como una lucha que logró aliar la estrategia antinarcóticos de Miller y de los partidarios de la restricción con los primacistas de Rubio, que esgrimieron el argumento de que así se le negaría a China el acceso al petróleo venezolano, lo cual les permitió superar la resistencia de los partidarios de «primero China», que postulaban dejar de lado el asalto militar a Caracas. Rubio se posicionó como el artífice de la victoria de Trump con el secuestro de Maduro con la intención de apartar a Vance de la lucha por la nominación en la carrera presidencial de 2028, pero no hubo acuerdo sobre lo que debería hacerse después y la política hacia Venezuela entró en un aparente paréntesis. Del mismo modo, la guerra entre Rusia y Ucrania ha visto a los partidarios de la restricción (Vance), a los partidarios de priorizar el asalto contra China (Colby) y a los compinches (Witkoff, Kushner) apoyar la presión de Trump para llegar a un acuerdo rápido, mientras que los primacistas pro OTAN —Rubio, flanqueado por los europeos, Zelensky y halcones del Congreso como Lindsey Graham— presionan para retrasar cualquier acuerdo, insistiendo en las garantías

similares a las contempladas en el Artículo Cinco del Tratado de la OTAN y en la entrega de armas de largo alcance a Ucrania; «escalar para desescalar», como dijo un enviado estadounidense[14]. Cuando los partidarios de otorgar prioridad a China en el Pentágono impulsaron la suspensión del suministro de armas e inteligencia estadounidenses a Ucrania a principios del verano de 2025, Trump lo rechazó. El patrón fue el habitual: Witkoff elabora un acuerdo con los rusos, como en el Plan de 28 puntos ideado a finales de 2025 con Kirill Dmitriev, director del fondo soberano ruso, en la guarida de Witkoff en Miami Beach, que los europeos se apresuran a redactar de nuevo en nombre de Zelensky. Y así continúa la guerra, lo que en sí mismo es una victoria *de facto* para los primacistas.

Este tipo de análisis, aunque sea acertado, que Marx habría calificado de «policial», dado que interpreta los resultados políticos como el resultado directo de conspiraciones a puerta cerrada en lugar de situarlos en el contexto de fuerzas sociales y geopolíticas más amplias, presenta límites innegables[15]. Evaluar el significado de Trump para el sistema internacional significa fijarse no solo en las intenciones de los responsables políticos, sino también en sus actos, ya que estos influyen en lo que la tradición clásica de la izquierda denominaría las contradicciones del desarrollo del mundo real. Para enmarcar una visión general sintética de las lógicas políticas que están en juego en esta coyuntura puede resultar útil recordar las distinciones establecidas en su momento entre, en primer lugar, la «contradicción principal», que rige una situación determinada —la lucha determinante en un momento dado— en contraposición a las numerosas contradicciones secundarias en juego; y, en segundo, en el seno de esa contradicción principal, dilucidar cuál de las dos fuerzas opuestas o «aspectos» enfrentados en esa lucha es la más dinámica y constituye por ende la «fuerza principal»?[16]. ¿Cómo podría este enfoque arrojar luz sobre las intervenciones de Trump en América Latina, Oriente Próximo, Europa y Asia Oriental?

---

[14] General Keith Kellogg, citado en M. Ruge, «One battle after another», cit.

[15] Karl Marx, «The Civil War in France» [1871], *The First International and After: Political Writings*, Volumen 3, Londres y Nueva York, 2010; ed. cast.: *La guerra civil en Francia*, Madrid, 2018.

[16] Mao Tse-Tung, «On Contradiction» [1937], recogido en Mao Tse-Tung, *On Practice and On Contradiction*, introducción de Slavoj Zizek, Londres y Nueva York, 2007, pp. 67-102; ed. cast.: *Sobre la práctica y la contradicción*, Madrid, 2010.

5

Lo que llama la atención en el contexto de América Latina y el Caribe es el gran número de Estados que han fomentado alternativas de izquierda al neoliberalismo del Consenso de Washington durante el último cuarto de siglo: la Venezuela de Chávez, la Bolivia de Evo Morales, el Brasil de Lula, el Ecuador de Correa, la Argentina de Néstor Kirchner. Aprovechando las tradiciones revolucionarias y republicanas del continente, la militancia de las poblaciones indígenas andinas o la autoorganización de los trabajadores urbanos, estos países se rebelaron contra las privatizaciones del agua y la tierra o contra los programas de austeridad impulsados por la crisis, logrando modestos avances en materia de prestaciones sociales, tasas de alfabetización, atención sanitaria y reconocimiento social, impulsados por el ciclo de las materias primas que, a su vez, se vio impulsado por la transformación de China en una potencia metropolitana de alta tecnología[17]. Este conjunto de procesos sacó del aislamiento al experimento socialista estatal de la Cuba de Castro, animada por el intercambio económico, intelectual y cultural.

La reacción tomó la forma de nuevas derechas virulentas, inicialmente construidas sobre la base limitada de las antiguas elites gobernantes: los barrios ricos del este de Caracas, los clanes agroindustriales de las tierras bajas de Bolivia, las clases terratenientes y los conglomerados mediáticos de Brasil y Argentina, se expandieron en la década de 2010 para encontrar una base de masas entre las capas pequeñoburguesas resentidas por la emancipación social popular, los jóvenes cuyas esperanzas se habían visto frustradas por los límites de la transformación económica y las congregaciones evangélicas movidas por el apasionado anticomunismo de sus predicadores. El carácter de estas derechas radicales latinoamericanas —Bolsonaro, Milei, Bukele, Kast— es muy distinto al de los movimientos de extrema derecha en Europa y Estados Unidos[18]. La inmigración apenas es un tema: bastantes de los nuevos líderes son hijos de migrantes italianos o libaneses; cuando es relevante, su racismo se dirige contra las masas indígenas. En cambio, lo que anima a estas nuevas derechas es un odio visceral hacia la izquierda.

---

[17] Reconocimiento: «Dicen que soy feo», decía Chávez a su multitudinaria audiencia en Caracas. «Dicen que tengo los labios gruesos, la nariz gruesa. Vale, somos feos. ¡Pero *somos venezolanos*!».

[18] Punto señalado por Martín Mosquera en «El significado de Milei», *NLR* 155, noviembre-diciembre de 2025.

La principal contradicción a este respecto polariza a Washington y a estas ultraderechas locales, junto con sus respectivas burguesías, contra lo que queda de los Estados y movimientos de izquierda de América Latina. No hace falta decir que el primer polo es el más dinámico y poderoso de estos dos «aspectos». Dentro de este polo, el gobierno de Trump ha fortalecido a la extrema derecha latinoamericana con enormes ayudas, habiendo prometido 20 millardos de dólares de los contribuyentes estadounidenses para ayudar a Milei a superar las elecciones de mitad de mandato de octubre de 2025. En su trato a Venezuela y Cuba, estas extremas derechas han endurecido la política estadounidense en varios grados, pasando de una guerra de desgaste a una estrategia de derrocamiento: una novedosa contrarrevolución dentro de la contrarrevolución, por así decirlo, directamente informada por su propia base en el área metropolitana de Miami, que corre de las mansiones junto a la playa de Trump, Witkoff y Kushner a los magnates de la televisión venezolana y la mafia emigrada cubana[19]. La «floridización» de la política estadounidense bajo la derecha trumpista se combina con una ideología «sureña» más difusa de pertenencia nacional acompañada de su propia tradición de expansionismo caribeño.

Cuba es el premio, y ningún precio es demasiado alto —el bloqueo criminal de la isla y el secuestro de sus suministros de combustible; el ataque a terceros países que acogen a médicos cubanos— para extinguir los logros sociales alcanzados en la isla, por muy comprometidos que estén por la rigidez burocrática. Cuba, única en el Caribe, fue pionera en un aumento masivo de los niveles educativos, la prestación de asistencia sanitaria, la prevención de la delincuencia y la protección contra los huracanes basada en la organización comunitaria. Cuba luchó con cierto éxito por conservar estos logros, los «logros» de la Revolución, tras la crisis de 1991-1994, mediante la expansión del turismo y las exportaciones de asistencia sanitaria. Los dirigentes cubanos se dejaron llevar por la apertura de Obama en 2016, retrasada hasta el último año de su segundo mandato, cuyo objetivo era debilitar el régimen cubano mediante el *doux commerce*. A su manera, funcionó. La Habana puso en marcha una gigantesca expansión de su programa de construcción de hoteles y aplicó un ajuste monetario punitivo en 2021, que provocó la

[19] Este enfoque político-ideológico principal no excluye formas de coacción más pragmáticas, como la venta forzosa de activos chinos en el Canal de Panamá y la extorsión de concesiones comerciales a México bajo la amenaza de lanzar ataques unilaterales con drones contra los cárteles de la droga.

hiperinflación y el colapso del valor de los salarios y las pensiones del sector público. El auge del turismo fue efímero, afectado por la pandemia y socavado por la mala conexión a Internet, que impedía a los turistas publicar sus *selfies*. Entre 2019 y 2024 la economía cubana se contrajo un 11 por 100, casi tres veces más que la contracción provocada por la Gran Recesión occidental; en 2025 se redujo otro 5 por 100. El hambre ha vuelto, los alimentos se echan a perder durante los cortes de electricidad y epidemias como el dengue y el chikunguña están de vuelta en la isla. La basura se acumula en las ciudades, porque falta combustible para los camiones de recogida. Los escolares, que antes eran el tesoro de Cuba, mendigan en las calles. Se rumorea que el hijo de Raúl Castro, o quizá su nieto, está en conversaciones con Rubio, quien ha fijado diciembre como plazo para que se verifique el cambio de régimen, considerado como la prueba decisiva» de la estrategia de seguridad nacional del gobierno estadounidense para remodelar la región[20].

6

En Oriente Próximo, en medio de las múltiples luchas que atraviesan todo el proceso, lo que destaca en la coyuntura actual es el expansionismo militarista de Israel como potencia colonial de asentamiento, que aplasta a la población palestina nativa, y como fuerza hegemónica regional, que está transformando repúblicas nacionales y seculares, antes robustas, en un cinturón destrozado de pseudo Estados étnicos[21]. Ello representa una alteración del equilibrio de fuerzas existente en el seno del polo imperial-colonial, ya que al menos hasta 1973 Israel había sido un puesto avanzado colonizador vulnerable, protegido primero por los británicos y luego por los estadounidenses. Para Tel Aviv, sin embargo, la lógica política operativa siempre ha sido la de la conquista y la consolidación coloniales, esto es, un proceso continuo para eliminar la revuelta nativa unida a la búsqueda de líderes locales dóciles con los que llegar a un acuerdo, mientras debilita a los Estados vecinos que podrían aliarse con ellos.

A tenor de cualquier criterio objetivo, esto es disfuncional tanto para el desarrollo de la región como para los intereses generales de Washington,

[20] José de Córdoba *et al.*, «The US Is Actively Seeking Regime Change in Cuba by the End of the Year», *The Wall Street Journal*, 22 de enero de 2026. Se dice que Trump ya tiene una pista de aterrizaje y un complejo de golf elegidos para invertir, Ruaridh Nicoll, «Farewell to the Revolution», *The Guardian*, 14 de febrero de 2026.
[21] Véase Susan Watkins, «Israel después de Fordow», *NLR* 154, septiembre-octubre de 2025.

ya que requiere una cantidad desproporcionada de tiempo y poderío militar, y crea el efecto rebote indeseado de la hostilidad musulmana. La política oficial de Estados Unidos siempre ha sido lograr un acuerdo «definitivo» mediante el cual se resarciría a los palestinos y los Estados árabes llegarían a un *modus vivendi* con Israel, que mantendría su superioridad nuclear y militar en materia de inteligencia en toda la región, circunstancia que permitiría a Estados Unidos retirarse para desempeñar un papel más «normal». Pero el férreo control del *lobby* israelí sobre el Congreso y su amplia influencia en Washington, respaldada por la enorme inflación de sus activos registrada durante los últimos veinte años, ha impedido cualquier retirada estadounidense de la región. Además, para los visionarios de Israel, la solución definitiva siempre ha ido mucho más allá de lo comentado: un Estado judío con fronteras que se extienden cómodamente más allá de la orilla oriental del río Jordán, hasta el sur de Siria y el Líbano; la expulsión de la mayoría de la población palestina a Jordania o más allá; la fragmentación de las repúblicas pluriculturales todavía existentes en la región según criterios lingüísticos, culturales y religiosos —suníes, chiíes, árabes, drusos, alauitas, kurdos, turcos, azeríes, persas, armenios, baluchíes— a fin de crear un mosaico de pequeños Estados etnoconfesionales organizados de acuerdo con sus respectivos modelos sobre los que ejercerá su supremacía, propiciando el enfrentamiento entre ellos.

En la práctica, la política estadounidense respecto a ambas cuestiones, la resistencia palestina y los Estados circundantes, ha oscilado históricamente entre dos polos: los intereses regionales percibidos por Estados Unidos y los objetivos israelíes. Durante la presidencia de Carter, Egipto se mantuvo intacto, pero se vio obligado a tolerar la ocupación israelí de los territorios palestinos en 1967. Durante el mandato de Bush senior, Iraq fue derrotado, sancionado y despojado de su norte kurdo, lo que proporcionó a Israel un punto de apoyo firme para su influencia y sus servicios de inteligencia. Se inició un «proceso de paz» en Palestina, que se completó en Oslo durante la presidencia Clinton en el que los negociadores israelíes se aseguraron de que no se obstaculizara el proyecto de asentamientos en Cisjordania, lo cual abrió el camino al auge de la inversión extranjera y se vio complementado con la llegada de un millón de judíos rusos altamente cualificados procedentes de la antigua Unión Soviética. Durante el mandato de Bush junior, Iraq fue completamente ocupado y desmantelado por las fuerzas angloamericanas sin que se derramara una gota de sangre israelí, pero Bush permitió

que Irán extendiera su influencia en el sur chiita del país y cometió el error de intentar presentar su proyecto como democrático, permitiendo a los palestinos elegir a Hamás para dirigir la autoridad gubernamental nativa, lo que requirió más violencia antes de que esta pudiera ser constreñida a permanecer en Gaza. Obama toleró y financió las guerras aéreas de Israel contra Gaza libradas en 2009 y 2014, impuso duras sanciones financieras a Irán —sus ingresos del petróleo cayeron el 45 por 100[22]— e impulsó el Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA), esto es, el acuerdo internacional sobre el programa nuclear iraní, para preservar el monopolio atómico de Israel y dejar a la República Islámica debilitada pero intacta, lo cual no fue del agrado israelí. Trump prometió en la campaña en 2016 eliminar el JCPOA, cosa que hizo en 2018, añadiendo nuevas sanciones a las precedentes en una estrategia de «máxima presión» contra Irán, la cual provocó una turbulencia monetaria crónica, una inflación galopante y el colapso del sector público, acarreando en consecuencia que 9 millones de iraníes cayeran por debajo del umbral de pobreza[23]. Biden mantuvo la presión, además de ayudar e incitar a Israel a borrar Gaza del mapa y masacrar a más de 70.000 palestinos.

Sin romper este patrón, Trump, en su quinto año de mandato, ha sido empujado por Israel más lejos que cualquier otro presidente desde la invasión de Iraq. Es cierto que finalmente dio un respiro a Arabia Saudí y a los Estados del Golfo al imponer un alto el fuego en Gaza en octubre de 2025, el cual redujo la tasa de muertes provocadas por el ejército israelí, que pasaron de miles a docenas por semana, y permitió a Israel conservar más de la mitad de la Franja. Trump le dio también un tirón de orejas a Netanyahu por intentar matar al principal negociador de Hamás bombardeando Doha. Pero el cambio de Trump de una estrategia de desgaste a un ataque militar contra Irán está claramente impulsado por la presión de Netanyahu. Desde los últimos meses de 2024, eufórico por sus bombardeos sobre el Líbano y Siria y emocionado por la destrucción de las defensas aéreas de Irán tras el intercambio de ataques entre

[22] Masoud Nili, «Economy of Iran», 2025; síntesis de datos del Banco Central y el Centro Estadístico de Irán elaborada por el antiguo subdirector del organismo de planificación iraní durante las presidencias de Rafsanjani y Jatamí, además de principal asesor económico de Rouhani. Nili muestra que la importante base industrial de Irán —productos químicos, automóviles, metales y artículos eléctricos, así como productos alimenticios y textiles— nunca se recuperó del impacto de las sanciones de 2012. Gracias a Kevan Harris por su traducción.

[23] Trita Parsi, «Iran's Despair Is US Policy», *Foreign Policy*, 4 de febrero de 2026; Leila Gharagozlou, «How Western Sanctions Undermined the Middle Class That Could Push for Reform», CNN, 19 de octubre de 2025.

ambos países motivados por el asesinato de Nasrallah, Israel estaba ansioso por aprovechar al máximo su creciente supremacía aérea sobre la región. En marzo de 2025 Trump se vio envuelto en ataques aéreos y marítimos contra los hutíes que, en solidaridad con Gaza, disparaban contra buques israelíes en ruta hacia el canal de Suez[24]. Netanyahu le instó a golpear a la cabeza de la serpiente. El 13 de junio Israel, con la bendición de Trump, Israel lanzó doscientos aviones de combate contra Irán, mientras que los agentes del Mossad desataban la correspondiente campaña de sabotaje. Las emocionadas publicaciones de Trump dejan claro lo mucho que disfrutó del momento[25]. En cuestión de días, había comprometido a Estados Unidos en su primer ataque militar directo contra Irán. El 22 de junio siete B2 lanzaron más de 181 toneladas de bombas sobre las plantas nucleares de Fordow y Natanz[26].

Aunque cedió a la insistencia de Trump de que la guerra «se considerara terminada», Netanyahu tenía otro mensaje para los israelíes: «Debemos completar la campaña contra el eje iraní»[27]. Starmer, Macron y Merz endurecieron aún más las sanciones contra Irán[28]. Sin salida, el régimen clerical y sus fuerzas de seguridad militarizadas reprimieron el creciente descontento, alienando a los sectores que antes formaban su base —el sector público, los trabajadores, los pobres— y cerrando el camino de la reforma parlamentaria por la que aún votaba la mayoría[29]. Cuando el rial se desplomó hasta

[24] En el chat grupal del escándalo Signalgate en el que se discute el ataque a Yemen, filtrado después de que el asesor de Seguridad Nacional Mike Waltz incluyera accidentalmente al editor de *The Atlantic*, es Miller quien rechaza los argumentos de Vance en contra del ataque, «Full Transcript of Trump Team's Yemen Attack Plan That Was Shared on Signal», *Al-Jazeera*, 27 de marzo de 2025.

[25] Marium Ali, «12 Posts from "12-Day War": How Trump Live-Posted Israel-Iran Conflict», *Al-Jazeera*, 25 de junio de 2025.

[26] Redacción de *Al-Jazeera*, «"Nobody Knows What I'm Going to Do": Trump Embraces Ambiguity towards Iran», *Al-Jazeera*, 18 de junio de 2025; Amichai Stein, «"Finish the Job": How Netanyahu Convinced Trump to Strike Iran's Nuclear Sites-Exclusive», *The Jerusalem Post*, 22 de junio de 2025. Véase también Susan Watkins, «Israel después de Fordow», *NLR* 154, septiembre-octubre de 2025.

[27] «Statement by PM Netanyahu», Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, 24 de junio de 2025.

[28] En agosto de 2025 el Reino Unido, Francia y Alemania iniciaron una campaña para «reactivar» las sanciones de la ONU contra Irán, que se habían levantado diez años antes, cuando se acordó el JCPOA. Aunque Trump había abandonado el JCPOA en 2018, Starmer, Macron y Merz acusaron ahora a Irán de no cumplirlo y exigieron la reimposición de las sanciones de la ONU como castigo, debidamente impuestas por el Consejo de Seguridad de la ONU en septiembre. Stephen Quillen, «UN Security Council Rejects Resolution to Extend Iran Sanctions Relief», *Al-Jazeera*, 19 de septiembre de 2025.

[29] El Consejo de Guardianes, un órgano de altos clérigos soberanos sobre el proceso parlamentario en virtud de la Constitución de la República Islámica, descalificó a

alcanzar los 1,4 millones por dólar a finales de 2025, en medio del colapso comercial y la quiebra bancaria, el secretario del Tesoro de Trump se jactó de que la presión estaba surtiendo efecto y que las protestas de diciembre eran la «gran culminación» de los esfuerzos estadounidenses[30]. Incluso antes de que las manifestaciones comenzaran a extenderse, una avalancha de propaganda estadounidense-israelí incitaba a las protestas. «Estamos preparados y listos para actuar», tuiteó Trump, y más tarde: «¡Ocupad vuestras instituciones! La ayuda está en camino». Esa cita se malogró. Los manifestantes cayeron bajo una lluvia de balas de la Guardia Revolucionaria Islámica los días 7 y 8 de enero y el régimen cortó Internet.

En el momento de la publicación de este número de la *NLR* en febrero de este año, ambas partes se estaban preparando para la guerra (que finamente estalló el 28 de febrero)[31]. La reanudación de las conversaciones entre Estados Unidos-Irán en Omán constituyeron los preliminares formales de los ataques estadounidenses-israelíes, que finalmente se produjeron en cuestión de días. Tal y como expresó Trump, los objetivos bélicos de Estados Unidos oscilaban entre el castigo y el derrocamiento del régimen. Israel no aceptará otro acuerdo nuclear, mientras que Estados Unidos podría echarse atrás ante la ocupación a gran escala de un país de 90 millones de habitantes, tres veces más grande que Iraq, defendido por una Guardia Revolucionaria Islámica motivada ideológica y religiosamente, que cuenta con 150.000 efectivos. Entre la opción israelí y la estadounidense se encuentra la versión intensificada de la opción siria: bombardeos prolongados contra el régimen y militarización de un levantamiento democrático, con el objetivo de debilitar al Estado desde todos los frentes, cortar sus fuentes de ingresos y reducirlo a un residuo deslegitimado de su poder, que bombardea a su propio pueblo. La llamada Ruta Trump para la Paz y la Prosperidad Internacional ya amenaza el lado armenio de la frontera norte de Irán, que ahora alberga una importante

todos los candidatos reformistas en las elecciones presidenciales de 2021, lo que provocó una caída de la participación hasta el 48 por 100. En las elecciones de 2013 y 2017 la participación fue del 73 por 100 y el reformista Rouhani ganó en ambas ocasiones con el 51 y el 59 por 100 de los votos, respectivamente. A otro reformista, Pezeshkian, se le permitió presentarse en 2024 y utilizó *Baraye* [*Porque*], la canción de éxito de las protestas de 2022 «Mujer, vida, libertad», como tema de su campaña. Pezeshkian fue elegido con una participación del 50 por 100 y el 55 por 100 de los votos emitidos.

[30] T. Parsi, «Iran's Despair Is US Policy», cit.; Yashraj Sharma, «US Says It Caused Dollar Shortage to Trigger Iran Protests», *Al-Jazeera*, 13 de febrero de 2026.

[31] Sobre la situación en Irán, véase la entrevista incluida en este mismo número con Ervand Abrahamian, «Irán bajo fuego militar», *NLR* 157, marzo-abril de 2026.

presencia militar y de inteligencia estadounidense. Desde Azerbaiyán, el Mossad se ha dedicado a avivar el secesionismo entre los 20 millones de azeríes que forman una de las minorías de la República Islámica. Al oeste, los llamados prisioneros de guerra del ISIS podrían ser reclutados como otro ejército faccioso contra el Estado chiita. El coste para esta vasta región de las destructivas tácticas israelíes, respaldadas, en una inversión de papeles, por la fuerza estadounidense, es incalculable.

7

En Europa, Estados Unidos ejerce la hegemonía sobre lo que antes de 1945 eran sus grandes potencias rivales, concretamente sobre su antiguo amo colonial, que ahora es su principal servidor. Históricamente, esas rivalidades interestatales quedaron subsumidas bajo la gran polarización capitalista-comunista de la Guerra Fría. Desde que esta terminó, las clases dominantes europeas han tenido importantes incentivos para mantenerse a raya: poderosos mercados de capital estadounidenses para estabilizar sus sistemas, una ideología en evolución —en la década de 1960, el mundo libre, en la de 1990, la democracia liberal, en la de 2010, el orden internacional basado en reglas jurídicas— con la que era fácil estar de acuerdo. La hegemonía estadounidense aquí se acerca más al *beau idéal* del máximo consentimiento y la mínima coacción; básicamente la vigencia de derechos laxos para instalar los misiles nucleares y las fuerzas de combate estadounidenses allí donde fuera necesario. Por encima de todo, a las elites europeas se les ofreció un papel subimperial a tenor del cual todavía podían mandar sobre pueblos menores, siempre y cuando lo hicieran en consonancia con los intereses estadounidenses. Gran Bretaña podía desempeñar un papel secundario en las guerras y ocupaciones estadounidenses. Francia podía poner su experiencia en el Mediterráneo y el mundo árabe al servicio del bien común. Se podía animar a Alemania a asumir un papel más importante en Europa Central y los Balcanes, siempre bajo la tutela estadounidense. Es comprensible que estos subordinados voluntariosos fueran considerados, especialmente por ellos mismos, como un enorme beneficio para el poder mundial estadounidense, ya que ofrecían un próspero mercado de 500 millones de personas, amplios aeródromos, puertos y puestos de escucha en todo el ala occidental de Eurasia, treinta fuerzas armadas nacionales bajo el mando estadounidense en la OTAN, apoyo diplomático en todos los foros mundiales y amplificación ideológica de «Occidente» como la región más civilizada del planeta.

La reunificación de Europa tras el colapso del bloque soviético también supuso una nueva división en la que Washington tuvo la última palabra como se demostró primero en su insistencia en la incorporación de Alemania Oriental a la OTAN y luego en la extensión de tal privilegio a otros antiguos satélites soviéticos. Con el Tratado de Maastricht los gobiernos europeos subordinaron simultáneamente a sus electorados al control supranacional de la UE sobre la mayor parte de la regulación económica, que adquirió un fuerte matiz neoliberal. La recompensa fue un torrencial flujo crediticio internacional, que llegó con el lanzamiento del euro en 2000 y que reactivó la totalidad de las economías europeas, especialmente las de los países más pobres de la periferia mediterránea y atlántica, pero que luego se evaporó con la crisis de la zona euro de 2010, dejando a las economías y sociedades europeas en peor situación de la que previamente estaban: más desindustrializadas, más estancadas, más desiguales y más resentidas que antes. El lento declive del continente bajo su soberanía doblemente comprometida llevó a las clases trabajadoras europeas a una posición defensiva, trataron de aferrarse a los logros del pasado y, por lo tanto, se escoraron objetivamente hacia posiciones conservadoras, esto es, más abiertas y proclives a la solución de la derecha radical y a la aceptación del control de la inmigración que al programa de la izquierda radical, consistente ahora en una socialdemocracia diluida, mientras que sus líderes políticos se volvieron más liberales, cosmopolitas y ecologistas (compárese a Merkel con Kohl y a Cameron con Thatcher), pero sin dejar de abrazar sus roles subimperiales en Afganistán, Iraq y Libia ni de proclamar la promesa de la civilización liberal-capitalista a los Balcanes, los Estados bálticos y Ucrania.

Pero seguía existiendo una gran contradicción entre la independencia *de iure* de los europeos y el control *de facto* del destino del continente por parte de una potencia extranjera, sobre todo en lo referido a las relaciones con su gigantesco vecino ruso. La lucha entre Washington y Moscú por la limitación negociada de la expansión de la OTAN se desarrolló en gran medida en medio de la impotencia de los líderes europeos, que vieron como Merkel y Sarkozy admitían sumisos en la cumbre de Bucarest de 2008, que «Ucrania y Georgia se unirían a la OTAN»[32]. Cuando en 2014 Washington respaldó el derrocamiento del gobierno electo en Kiev por parte de las consabidas milicias de extrema derecha y Moscú respondió anexionando la Crimea rusoparlante, los instintos subimperiales de los líderes europeos les llevaron a alinearse con Estados Unidos. (Desde

[32] Declaración de la Cumbre de la OTAN en Bucarest, 3 de abril de 2008.

entonces Merkel ha afirmado que los Acuerdos de Minsk, que contemplaban la creación de una república federal ucraniana, estaban diseñados para entretener a Moscú, mientras Ucrania se preparaba militarmente para resistir su futuro ataque). Con la crisis de la invasión rusa en 2022, los líderes europeos se armaron de valor para anteponer su compromiso ideológico con Occidente, es decir, con el liderazgo de Washington, a los intereses de sus poblaciones, considerando que la subida masiva de los precios del combustible, letal para las empresas del *Mittelstand* alemán, era un pequeño precio que merecía la pena pagar. Además, las atrocidades ampliamente difundidas que supuestamente habían cometido las fuerzas rusas en Bucha, durante los primeros meses de la guerra, naturalmente unieron a las sociedades europeas a la causa ucraniana.

De ahí la conmoción, la indignación, las reacciones neuróticas —«¡Trump, papito!»— y las proclamaciones del fin del orden liberal-internacional por parte de los líderes europeos al ver que su devoción abnegada era respondida por el presidente estadounidense y su séquito con barreras arancelarias, exigencias de pagos en dinero contante y sonante, amenazas de retirada militar, insultos desde el Despacho Oval a una Ucrania convertida en tótem de la UE, consideraciones sobre Groenlandia, menosprecio de sus políticas de inmigración, acusaciones de borrado de la civilización y apoyo a figuras lumpen de la extrema derecha europea. Para muchos comentaristas, este trato a los aliados es una prueba irrefutable de la disfuncionalidad del actual gobierno estadounidense, que «debilita gratuitamente nuestras redes de poder e influencia»[33]. Más concretamente, estos analistas señalan que Estados Unidos necesita las capacidades adicionales de sus aliados para hacer frente al desafío que supone la magnitud de China en términos de capacidad económica y recursos humanos[34].

Pero puede que Trump tenga aquí un instinto más agudo. En la práctica, los aliados europeos han respondido en su mayoría apresurándose a obedecer ofreciendo acuerdos comerciales ventajosos, vapuleando a Irán o prometiendo gastar el 5 por 100 del PIB en defensa, naturalmente sin consultar a los votantes[35]. A pesar de sus lamentos sobre el resquebrajamiento del orden internacional basado en normas jurídicas, ningún

[33] S. Walt, «The Predatory Hegemon: How Trump Wields American Power», cit.
[34] Kurt Campbell y Rush Doshi, «America Alone Can't Match China, but With Our Allies, It's No Contest», *The New York Times*, 7 de septiembre de 2025.
[35] El apaciguamiento europeo con Trump ha recibido cobertura intelectual calificándolo de «realismo» por parte de todo el equipo de comentaristas del *Financial Times* con las notables excepciones de Martin Sandbu y Edward Luce.

dirigente europeo ha movido un dedo ante el secuestro de Maduro, el bloqueo de Cuba o el ataque a Irán. Es revelador que el único tema en el que los actuales dirigentes europeos lograron armarse de valor para alzar la voz ante Trump fue en torno al histórico derecho del Reino de Dinamarca a poseer Groenlandia, asunto que hirió su orgullo subimperial. Una verdadera estrategia de desvinculación sería muy diferente: declarar el fin de la expansión de la OTAN y de las operaciones fuera de su zona de influencia sería un primer paso, seguido por la retirada de las fuerzas estadounidenses de Alemania, Polonia y Rumanía[36]. Una izquierda europea que se tomara en serio la democratización del continente lucharía porque este estuviera libre de bases extranjeras.

En la práctica, el segundo gobierno de Trump ha seguido canalizando armas a Ucrania, incluyendo armamento de largo alcance e inteligencia sobre objetivos rusos, lo que ha contribuido a prolongar la guerra un año más. Esta incoherencia refleja la división sobre la política de Washington hacia Rusia, que se remonta a la década de 1990, cuando enfrentaba a Brzezinski con Kennan. Trump puede imaginar cierta afinidad con Putin, pero no es más capaz que Biden —o que Obama, Bush o Clinton— de reconocer que podría existir un límite al poder estadounidense en este frente. A pesar de la llamativa cumbre de Alaska, su trayectoria en este sentido ha seguido la de todos los gobiernos estadounidenses desde la caída de la Unión Soviética: expandirse hacia el este hasta que se vean obligados a detenerse.

8

Las múltiples contradicciones de la relación entre Estados Unidos y China giran a una velocidad cada vez mayor. Su conjunción inicial en el siglo OTAN se configuró como un choque entre dos potencias imperiales, la más antigua de Asia Oriental y la más expansionista de América del Norte. A partir de la década de 1850, Estados Unidos había luchado isla por isla para establecer puntos de apoyo a lo largo de la costa del Pacífico. Su paradigma para la región era de conquista y comercio, similar a las cabezas de puente impuestas por las cañoneras británicas. A finales de la década de 1940, Estados Unidos había tomado el control de los centros industriales de Asia Oriental, con la ocupación de Japón y Corea del Sur, contando además con bases militares que se extendían desde Okinawa

[36] Este programa se analiza en Peter Slezkine y Jennifer Kavanagh, «The Fatal Flaw in the Transatlantic Alliance», *Foreign Affairs*, 30 de septiembre de 2025.

y Taiwán hasta el archipiélago filipino, mientras China se encontraba en plena modernización mediante la revolución comunista. En 1972 la polarización de la Guerra Fría entre ambos países se había convertido en una alianza interestatal contra la Unión Soviética y posteriormente en una simbiosis financiera y económica de varios billones de dólares entre una superpotencia capitalista global y la mayor sociedad comunista del mundo. A raíz de todo ello, alrededor de 2008 surgió la característica rivalidad entre grandes potencias, que ahora estructura la principal contradicción existente entre ellas y de la que China parece estar emergiendo como el polo más dinámico.

La polarización entre ambos países presenta una serie de asimetrías. Si bien la población de China es cuatro veces mayor, la Armada de Estados Unidos ha controlado la costa asiática durante más de medio siglo y sus buques navegan habitualmente por las costas chinas. Aunque ambas potencias compartían la convicción de que el tiempo estaba de su lado, los objetivos estratégicos estadounidenses y chinos eran mutuamente excluyentes. Para los responsables políticos estadounidenses desde la década de 1940, una condición previa para la supremacía estadounidense sobre la masa continental euroasiática como potencia no presente en la misma era frenar el auge de cualquier Estado hegemónico rival en el propio continente, bloqueando su expansión (contención) y galvanizando a sus vecinos en su contra (equilibrio) con el fin de debilitarlo y, si fuera necesario, destruirlo y reconstruirlo sobre un fundamento más dócil (como había sucedido en el caso de Alemania y Japón). Esta hipótesis se aplicaba con redoblada intensidad a un régimen adversario, que además gobernaba un sistema socialista de Estado, ambos destinados a ser desmantelados en última instancia.

Pero el tamaño de China, su historia diplomática de colaboración con Estados Unidos contra la Unión Soviética y la voluntad bien demostrada de Deng de tomar el camino capitalista, combinados con la confianza estadounidense tras la Guerra Fría en la potencia de su ejemplo de libre mercado, sugerían un resultado más feliz. Como dijeron los redactores de discursos de Bush junior: «La libertad económica crea hábitos de libertad, que crean expectativas de democracia». Por el contrario, una estrategia de confrontación abierta solo fortalecería a los «radicales» del PCCh. El documento correspondiente a la *National Security Strategy* (NSS) de 1993 definía los imperativos: «Apoyar, contener, equilibrar». La cooperación económica y la tutela siempre se respaldaban

con recordatorios de la «superioridad» militar: la mitad de los mayores buques de la Armada estadounidense estaban estacionados en el Pacífico occidental y cien mil militares estadounidenses estaban desplegados en la región. Pero la esperanza era que una estrategia de compromiso ejerciera una influencia moderadora sobre los dirigentes del PCCh, cuyos hijos serían bienvenidos en las mejores universidades estadounidenses para aprender las costumbres americanas, lo que daría lugar a un estrato de Yeltsins y Gorbachovs chinos, que descartarían el dogma comunista, desmantelarían el sistema de partido único y, a través de una especie de transformismo propiciado desde el exterior, provocarían el cambio de régimen que Washington deseaba.

En el momento del estallido de la crisis financiera se hizo evidente que esto no estaba funcionando. Con tasas de crecimiento anual todavía del 10 por 100 China insistía cada vez más en que las empresas estadounidenses respetaran sus exigencias y se resistía a las reprimendas en materia de derechos humanos, mientras ampliaba sus redes comerciales a través de África y América Latina, modernizaba su ejército y fortalecía sus defensas contra un hipotético cambio de régimen interno. La perturbadora victoria en 2009 de Yukio Hatoyama, líder del Partido Democrático de Japón, que ponía en tela de juicio los términos de la alianza de seguridad con Estados Unidos y se abría a unas relaciones más estrechas con China, aumentó la sensación de peligro. Pero los responsables políticos estadounidenses, aunque comprendían la importancia de la cuestión china, tenían dificultades para encontrar una estrategia eficaz para abordarla. El «*congagement*» [*contention*, *engagement*] de Obama, una síntesis mal definida que anteponía la contención —la presión naval en el mar de la China Meridional— al compromiso, fue la estrategia más elaborada que los estadounidenses lograron pergeñar. Las fortalezas y debilidades del PCCh —¿cohesión, corrupción?— e incluso sus intenciones eran difíciles de analizar. Ya fuera por reticencia o por incertidumbre, las opiniones de los líderes quedaban ocultas por el impenetrable secretismo de los órganos superiores del partido y las tradiciones milenarias del arte chino de gobernar. En lugar de Yeltsins, el sistema chino produjo al policiaco Xi Jinping. La aparición de un sistema político plural en Taiwán y la dura represión impuesta a los islamistas proscritos en Xinjiang también pesaron en la balanza.

En 2010 existía un consenso cada vez mayor de que la mejor opción para Washington era endurecer su postura respecto a China, una posición favorecida por la política interna estadounidense en plena Gran

Recesión, que vio como la nueva derecha lanzaba consignas sobre el robo de puestos de trabajo norteamericanos por parte de China. Trump se subió a esa ola para llegar al poder en 2016. Su primer documento sobre la estrategia de seguridad nacional criticaba a sus predecesores por sus ilusiones sobre la paz liberal-democrática con China y anunciaba una nueva era de competencia entre grandes potencias, un choque entre las perspectivas del mundo libre y las represivas. El director ejecutivo de Huawei fue tratado como un criminal y la República Popular China se convirtió en el principal objetivo de las guerras arancelarias de Trump en 2018[37]. Los asesores de Biden endurecieron todavía más la postura de Estados Unidos: se enviaron mensualmente buques de guerra estadounidenses para amenazar la costa china, se prohibieron las exportaciones de semiconductores y se reclutó a los aliados para un beligerante documento estratégico de la OTAN, que acusaba a la República Popular China de «políticas coercitivas» y «operaciones maliciosas» susceptibles de perjudicar la seguridad atlántica[38]. Mientras tanto, China, a pesar de todos sus problemas, seguía avanzando a toda velocidad en el campo de los paneles solares, los coches eléctricos, las tecnologías médicas avanzadas y la inteligencia artificial, mientras que su costa meridional se llenaba de armamento avanzado, misiles hipersónicos y nuevos tipos de drones.

De acuerdo con un análisis, el objetivo de China era el desarrollo silencioso de su fuerza nacional hasta el punto en que equilibrarla con una fuerza similar se antojara inútil y la única opción fuera acomodarse a sus deseos; ganar sin luchar, dicho en su expresión clásica. La capacidad económica era la raíz principal de la que debían nutrirse la cohesión social y la defensa militar. Concretamente, sus objetivos consistían en mantener a Taiwán dentro, a Japón subordinado y a Estados Unidos a raya; o, al menos, preservar una situación ambigua sobre estas cuestiones hasta que prevalecieran perspectivas más favorables. Tácticamente, la prioridad era estabilizar el interior y centrarse en las amenazas costeras.

Al determinar su planteamiento político, los estrategas chinos comenzaron, de acuerdo con la información disponible, no a partir de

---

[37] *National Security Strategy of the United States of America*, Washington DC, 2017. La línea dura de Trump con China contó con el respaldo de la clase dirigente atlántica: «Estados Unidos necesita ser fuerte», editorializó *The Economist*. «Trump's willingness to disrupt and offend can be effective: "China vs America"», *The Economist*, 18 de octubre de 2018.

[38] «NATO 2022 Strategic Concept», adoptado en la Cumbre de Madrid de junio de 2022.

imperativos *a priori* basados en el modelo estadounidense, sino a partir de una evaluación cuidadosa de los acontecimientos que definían la época, en sus diversos aspectos dominantes y recesivos, y de la relación de fuerzas en juego, con el objetivo de aprovechar las configuraciones más favorables y de capear el temporal[39]. En 1985 Deng y sus compañeros habían descrito las tendencias predominantes de la época como «paz y desarrollo», tras la era maoísta de «guerra y revolución» (algo contradictorio con la guerra fronteriza esporádica que Deng seguía manteniendo contra Vietnam). La conmoción causada por el bombardeo de la embajada china en Belgrado por parte de la OTAN en 1999, durante la guerra de Yugoslavia, obligó a una reevaluación a principios de siglo. La paz y el desarrollo seguían siendo los aspectos dominantes, favoreciendo el surgimiento de un mundo más equilibrado y multipolar con la reunificación de Alemania, la recuperación de Rusia y el regreso de la propia China a la escena mundial. Pero esas corrientes se estaban ralentizando; Estados Unidos mantendría su estatus de superpotencia durante otros veinte años y había señales preocupantes de su creciente hegemonismo, comprendido en el sentido chino, esto es, disposición a utilizar la fuerza para aplastar cualquier cosa que se interpusiera en su camino, y de su intervencionismo militar[40]. Al mismo tiempo, Jiang Zemin declaró en el XVI Congreso del Partido celebrado en 2002, que las dos décadas siguientes ofrecían «una oportunidad estratégica para lograr grandes cosas», ya que Estados Unidos estaba preocupado por los problemas en Oriente Próximo. A finales de 2022, con la guerra de Ucrania en pleno apogeo, Xi anunció una nueva y más difícil configuración, una de «oportunidades, riesgos y peligros». La respuesta requeriría anteponer la seguridad al crecimiento y, acertadamente o no, concentrar más poderes en manos leales al partido[41].

El regreso de Trump en 2025 pareció confirmar en un primer momento el pronóstico de riesgos y peligros. Su segundo mandato comenzó como se esperaba, con un escalofriante plan de contención militar[42] y arance-

[39] Aaron Friedberg, *A Contest for Supremacy: China, America and the Struggle for Mastery in America*, Nueva York, 2011, pp. 119, 147, 174, 167.
[40] *Ibid.*, pp. 124-138. Sobre los significados y usos clásicos y contemporáneos del concepto de hegemonía en China, véase Perry Anderson, *The H-Word: The Peripeteia of Hegemony*, Londres y Nueva York, 2017, cap. 9; ed. cast.: *La palabra H: peripecias de la hegemonía*, Madrid, 2018.
[41] A. Friedberg, *A Contest for Supremacy: China, America and the Struggle for Mastery in America*, cit., p. 146.
[42] Joel Rea, «A Forward Denial Defence: Inside the First Island Chain», USNI, marzo de 2025.

les aplicados contra China, que se dispararon hasta el 145 por 100. Pero después de que Pekín respondiera con un embargo a la exportación de tierras raras, que amenazaba con paralizar el sector industrial estadounidense, el gobierno de Trump guardó un silencio inusual. Hubo indicios de que se estaba produciendo un giro radical: se levantó el embargo sobre los chips avanzados de Nvidia y se denegó la entrada a Estados Unidos al presidente taiwanés, que se dirigía a Centroamérica. Un intento hasta cierto punto defensivo de disimular este drástico giro como una gran estrategia lo describe como «consolidación estratégica». La distensión geoeconómica, como el autor denomina la retirada de Trump de los aranceles a China, es «una iniciativa habitual tomada por las grandes potencias que luchan contra un rival económico y, al mismo tiempo, se preparan para una posible guerra contra él»:

> En este momento, Estados Unidos necesita un respiro para reconstruir su descuidada base industrial de defensa, aumentar la producción de energía [...] y encontrar un *modus vivendi* a corto plazo con China, al tiempo que cultiva factores de fortaleza a largo plazo[43].

Toda la política de Trump en Oriente Próximo desmiente por supuesto esta apología, pero sigue pendiendo un interrogante sobre su actitud hacia Pekín.

9

A pesar de toda su crueldad, las políticas de Trump se han ajustado en su mayor parte a los imperativos estadounidenses. En América Latina defiende y extiende el sistema capitalista frente a los regímenes izquierdistas que se resisten al mismo, promoviendo así los intereses económicos, políticos e ideológicos de Estados Unidos. Se ha afirmado que el golpe de Estado venezolano de 2026 impediría a China acceder al petróleo de Maracaibo, al tiempo que protegería el país de los narcotraficantes y los inmigrantes, que serían deportados de vuelta a Caracas. En Oriente Próximo, los gobernantes de Estados Unidos han hecho durante mucho tiempo una excepción a su norma nacionalista al afirmar que promover los intereses de Israel era también promover los de Estados Unidos. En Europa el capitalismo ya no necesita la defensa estadounidense; si la

[43] Wess Mitchell, «The Grand Strategy Behind Trump's Foreign Policy», *Foreign Policy*, 14 de enero de 2026.

perspectiva de Trump ha promovido los intereses de Estados Unidos en el continente es discutible. Si la hegemonía internacional se define como la dirección de un Estado efectivamente subordinado en asuntos importantes para la potencia hegemónica por medios políticos, ideológicos y económicos en gran medida no coercitivos, y la dominación se entiende como el recurso a medios sistemáticamente coercitivos por parte de la misma, entonces Trump representa un cambio claro hacia el extremo del espectro en el que se afirma esta última. Sus ideólogos han descartado explícitamente la concepción liberal-cosmopolita del mundo que Estados Unidos enseñó a sus elites a suscribir, al tiempo que los líderes europeos han sido objeto de diatribas más duras que las lanzadas contra China.

Trump puede esgrimir que, al fin y al cabo, fue elegido afirmando en su programa que la ideología liberal-internacionalista no había logrado promover los intereses de Estados Unidos, sino que, por el contrario, había respaldado el auge de China y la desindustrialización del país. Así como que tiene el mandato de probar otro planteamiento y que está siendo más fiel al principio democrático de lo que la UE querría que fuera. Las tácticas han funcionado en el sentido de que han dado lugar a acuerdos comerciales ventajosos para determinadas empresas estadounidenses y a compromisos de invertir cientos de miles de millones en la industria armamentística del país, lo que ha sido aclamado («ya era hora») por los medios de comunicación liberales europeos. Los ofendidos líderes de la UE han realizado ostentosos viajes a Pekín con pocos resultados concretos. Naturalmente, esperan que solo queden otros treinta meses por delante, siempre que no gane Vance en 2028.

En cuanto al tercer imperativo, la cuestión vital de China, los próximos años pueden aclarar la posición efectiva, aunque no teorizada, de Trump. Es comprensible que los comentaristas chinos en Internet lo aplaudan irónicamente como «el constructor de la nación», es decir, el constructor de la República Popular China, y que la comunidad de la inteligencia estadounidense esté amargada y desconcertada por los recortes realizados contra sus colegas que se enfrentan a China[44]. Los defensores de Trump pueden replicar que el historial de Obama-Biden no fue más eficaz, pero ello se aplica con creces a su primer mandato.

---

[44] Véase, respectivamente, Zhang Yongle, «La reconfiguración de la hegemonía», *NLR* 153, julio-agosto de 2025, pp. 7-8; Aaron Friedberg, «The Trump Administration's Surprising China Policy», en *Conversations with Bill Kristol*, 11 de septiembre de 2025.

IO

En cuanto al cuarto imperativo, la estabilización, si no la mejora, de la situación de la clase trabajadora estadounidense, el quinto año de Trump ha sido un fracaso. El carácter de clase de su proyecto quedó claramente de manifiesto en la *One Big Beautiful Bill Act*, promulgada en 2025: desgravaciones fiscales de 97.260 dólares para el 0,1 por 100 más rico, alrededor de 2000 dólares para la mayoría de la población y deducciones netas de 600 dólares para los pobres; recortes en los cupones de alimentos y Medicaid; aviones privados ahora deducibles de impuestos[45], todo ello como versión caricaturesca de los superricos lumpen de extrema derecha ahora en el poder en un país, que presenta la tasa de pobreza más alta y la mayor brecha de desigualdad (entre ricos y pobres) de todas las economías avanzadas, la peor cobertura sanitaria y la mayor morbilidad por enfermedades crónicas, la esperanza de vida más baja, la tasa más alta de muertes por alcohol, drogas o suicidio y el mayor número de niños que pasan hambre[46].

La *One Big Beautiful Bill Act* asignó un presupuesto de 170 millardos de dólares para la ampliación del programa de deportación de Trump, que ha contratado a más de 20.000 nuevos agentes del ICE enmascarados, mal entrenados, fuertemente armados, que no rinden cuentas a los funcionarios electos de la ciudad o del estado y que son instados por su jefe, el asesor de Seguridad Nacional, Miller[47], para que aprovechen al máximo su impunidad legal y aumenten las cuotas de «extranjeros» capturados sin orden judicial en las calles, los hogares y los lugares de trabajo para encerrarlos en centros de detención repartidos por las extensas zonas rurales del sur de Estados Unidos, donde se encuentran recluidos en torno a 67.000 de ellos, mientras más de medio millón han sido

[45] Doug Henwood, «Trump's Big Beautiful Bill Will Deepen Inequality», *Jacobin*, 11 de julio de 2025.
[46] Datos de la OCDE.
[47] El 13 de enero de 2026 Miller envió un mensaje a los agentes de ICE del Departamento de Seguridad Nacional: «Recordatorio: A todos los agentes de ICE: Gozan ustedes de inmunidad federal en el desempeño de sus funciones. Cualquiera que les ponga la mano encima o intente detenerles u obstaculizarles está cometiendo un delito grave. Gozan de inmunidad para desempeñar sus funciones y nadie —ni funcionarios municipales, ni funcionarios estatales, ni persona extranjera ilegal, ni agitador de izquierdas ni insurrecto nacional— puede impedirles cumplir con sus obligaciones y deberes legales», citado (en forma abreviada) en Ezra Klein, «Trump Has Overwhelmed Himself», *The New York Times*, 1 de febrero de 2026.

deportados[48]. La disfuncionalidad de esta política, que divide al país con la perpetración de violentos ataques a los barrios, que son despojados de la mano de obra joven, fuerte (y barata) que necesitan sus empresas, es evidente y la misma ha suscitado una amplia condena. Tras las muertes de varios manifestantes a manos de ICE en Minnesota en enero de este año, el 65 por 100 de los estadounidenses afirmó que ICE había «ido demasiado lejos» y el 62 por 100 pensaba que estaba haciendo que los estadounidenses estuvieran menos seguros. Una mayoría, el 54 por 100, pensaba que la prioridad del gobierno debía ser la reducción de los precios frente al 22 por 100 que opinaba que debía ser la inmigración[49].

Los pensadores estadounidenses han sido muy conscientes de la necesidad de equilibrar los compromisos estratégicos con una base económica sólida —para mantener «sus medios a la altura de sus propósitos», como dijo Walter Lippmann ya en 1943— y del hecho que no hacerlo allanaba el camino hacia el declive imperial[50]. Desde 2016 el desequilibrio entre el papel de superpotencia mundial de Estados Unidos y el deterioro de la situación de su clase trabajadora se ha reconocido ampliamente como, por así decirlo, su principal contradicción. Sin embargo, los líderes políticos, en deuda con los donantes multimillonarios, y el Congreso, dirigido por las grandes empresas, han tenido dificultades para abordarla. Obama agravó la situación al combinar rescates máximos para el sector financiero y una ayuda mínima para los titulares de hipotecas en dificultades con políticas de austeridad procíclicas. Alejó a los votantes de clase trabajadora del Partido Demócrata, cuando nombró a la archielitista Hillary Clinton como su sucesora, una candidata todavía más insensible políticamente a esta que él mismo. El primer mandato de Trump coincidió con la tan esperada recuperación de la Gran Recesión, lo que supuso un cierto alivio. Sus principales contribuciones a la crisis social fueron no obstante ideológicas —«construir el muro»— además de ser, dados los recortes fiscales aprobados, tributariamente regresivas.

---

[48] Un análisis destacado de todo ello es el de JoAnn Wypijewski, «La vida en la muerte sembrada por el fascismo trumpiano», *Diario Red/NLR-Sidecar*, 27 de febrero de 2026.

[49] Marist Poll, «The Actions of ICE», 5 de febrero de 2026. Una vez más, el 56 por 100 cree que los aranceles perjudican a la economía y el 67 por 100 se opone a la anexión de Groenlandia.

[50] Walter Lippmann, *US Foreign Policy: Shield of the Republic*, Nueva York, 1943, p. 7, citado en la ingeniosa historia de la decadencia de Estados Unidos, en la teoría y en la práctica, de Marco d'Eramo, «¿Declive estadounidense?», *NLR* 135, julio-agosto de 2022.

La extraordinaria avalancha de gasto social aprobado por el Congreso durante la pandemia, que por primera vez acercó Estados Unidos a las prestaciones vigentes en Europa[51], expiró durante el mandato de Biden, ya que los legisladores siguieron fielmente los deseos de las empresas estadounidenses, lo cual hizo recaer sobre la clase trabajadora la consabida crisis de carestía de la vida derivada en parte de las presiones inflacionistas residuales provocadas por el gasto público efectuado para aliviar las consecuencias de la pandemia de la COVID-19[52].

En el segundo mandato de Trump, la teórica estrategia de MAGA de utilizar los aranceles para reducir el déficit y al mismo tiempo estimular la economía mediante recortes fiscales, solo ha fortalecido el patrón de crecimiento en forma de K, a tenor del cual algunos grupos sociales han experimentado una gran mejoría de sus condiciones de vida, mientras que a otros les ha ocurrido exactamente lo contrario sin que exista plan alguno para revertir la situación de estos últimos grupos. La maquinaria política estadounidense, sobresaturada de dinero, y la economía, cada vez más concentrada en beneficio de los de arriba, están ahora tan entrelazadas, que el sistema puede ser irreformable. Una estrategia coherente de la izquierda defensora de una redistribución de la riqueza y la renta y de una reasignación de los recursos similar a la propuesta por George McGovern en la campaña presidencial de 1972 («*Come Home America*»), que abogaba por el aumento del gasto social a expensas del militar, tendrá que enfrentarse a esta simbiosis político-empresarial aparentemente inamovible o, al menos, en primera instancia, deberá hacerla visible.

II

De todos los círculos y facciones que compiten por determinar la dirección de Trump, a principios de la primavera de 2026 el expansionismo israelí está claramente en cabeza. Todavía no está claro qué papel desempeñan los intereses israelíes en la determinación del resto de políticas seguidas por Washington en China o en Rusia. El complejo militar-industrial-servicios secretos israelí hace muchos negocios en China, que a su vez hace

[51] Véase Susan Watkins, «Cambios de paradigma», *NLR* 128, mayo-junio 2021.
[52] La corrupción de los Demócratas había llegado a tal punto que, cuando el gabinete informal de Biden, ya gravemente mermado y mentalmente incapaz, intentó imponerlo al país como candidato a un segundo mandato, los altos dirigentes del partido se mostraron demasiado deferentes para actuar hasta que fue demasiado tarde y la temporada de primarias había terminado.

muchos negocios en Oriente Próximo. Naturalmente, hay muchos otros intereses en juego, incluidas las limitaciones materiales del arsenal del Pentágono, pero los partidarios de priorizar la cuestión china, al igual que los partidarios de restringir la acción exterior del sector MAGA, parecen haber tenido un mal primer año. En otros frentes, la reacción de Miami avanza bajo la dirección de Rubio. El secretario de Estado, partidario de la primacía global de Estados Unidos en todos los frentes, también recibió en Davos una ovación de las elites europeas puestas en pie, cuando fueron informadas de que seguían formando parte de Occidente.

Más allá de todo ello, la extrema derecha trumpista en el poder apenas ha alterado la lista de amigos y enemigos de Washington. La política estadounidense en Oriente Próximo se determina más directamente que nunca desde Tel Aviv. En el Caribe y América Latina el apoyo material a los partidos del «Consenso de Washington» y las operaciones militares explícitas o encubiertas contra Cuba y Venezuela tienen una larga historia. La alianza con Europa es más estrecha que nunca a juzgar por el gasto de la OTAN. Rusia sigue siendo el ambiguo antiguo adversario con el que Washington no sabe cómo lidiar. China sigue siendo el antiguo aprendiz convertido en gran competidor. En general, las iniciativas decididas por Trump han supuesto esencialmente una escalada de las políticas existentes, de los asesinatos encubiertos a los explícitos ejecutados a la luz del día, de las sanciones a los bloqueos, de los asedios al derrocamiento de regímenes, pero la categoría de objetivos sigue siendo similar a la de Clinton, Bush y Obama: Estados relativamente periféricos, debilitados a lo largo de los años por largas guerras de desgaste, listos para la cosecha.

¿Significa este endurecimiento de la política exterior estadounidense el inicio de un nuevo orden internacional o, al menos, como han proclamado Carney y Merz, la muerte del antiguo? El orden internacional basado en normas es un concepto ideológico, como el mundo libre o la comunidad internacional antes que él, y como tal no puede morir[53]. El patrón operativo del poder mundial desde la caída del bloque soviético ha sido un sistema unipolar en cuyo centro se encuentra Estados Unidos y respecto al cual se alinea el resto de actores, mientras la panoplia de

[53] Es decir, la construcción ideal basada en la proyección del imperio de la ley en el seno de los diversos Estados, factible y deseable, que se convierten así en Estados de derecho dotados de todos los aparatos necesarios para hacerlos realidad (asamblea legislativa legitimada popularmente, policía, poder judicial y sistema penal), al plano internacional, donde no existen equivalentes.

instituciones internacionales y supranacionales, así como las organizaciones constituidas mediante tratados diseñados por la potencia estadounidense y acumuladas a lo largo de los años —ONU, FMI, BM, TNP, OTAN— se ponen en primer plano o se dejan languidecer, dependiendo de su utilidad para Washington en cada momento concreto.

Hasta la fecha, las reacciones de las demás potencias al quinto año de mandato de Trump han fortalecido y perpetuado este sistema unipolar. La corriente de opinión y la laxa coalición del Sur global, que parecía estar surgiendo contra las políticas occidentales aplicadas en Gaza y en Rusia, no ha defendido a Cuba ni a Maduro, y se queda de brazos cruzados mientras Trump y Netanyahu atacan y amenazan a Irán con la destrucción militar. En Davos, Carney fue aplaudido por reciclar ese tropo de la UE de principios de la década de 2000, la «geometría variable» de alianzas, pero es inimaginable que una tercera fuerza liderada por Canadá y Alemania envíe una flota para levantar el bloqueo de Cuba u organice una campaña internacional contra Estados Unidos e Israel en defensa de Irán. Al igual que la UE, lo más probable es que esa supuesta coalición canadiense-alemana forme parte de la retaguardia de las fuerzas estadounidenses, para, en palabras de Régis Debray, mantenerse ocupada con los primeros auxilios y los lugares comunes. En ese sentido, la extrema derecha estadounidense en el poder sigue trabajando con el núcleo de los dirigentes liberales de los principales Estados. La hegemonía estadounidense sigue vigente bajo Trump.

Esto no significa que las cosas sigan exactamente como antes. Un cambio en el orden internacional puede producirse paso a paso —como ocurrió con el auge de los programas de ajuste estructural del FMI y el Banco Mundial para abrir y reestructurar las economías nacionales en las décadas de 1970 y 1980, por ejemplo— o bien mediante catástrofes y rupturas. El único precedente histórico de una potencia hegemónica mundial moderna enfrentada a un rival en rápido ascenso así lo sugiere. Gran Bretaña había adquirido los diferentes componentes de su imperio de forma fortuita a lo largo de los años mediante la conquista premoderna de Irlanda, la piratería en el Caribe, las plantaciones de esclavos, las colonias de asentamiento y la expansión de la Compañía de las Indias Orientales por todo el subcontinente indio gracias a la guerra y las alianzas, así como mediante la expansión del imperio informal del libre comercio, con sede en la City y respaldado por la Royal Navy, lo cual le permitió extender sus redes imperiales de Buenos Aires a Shanghái.

Desde la década de 1870 las nuevas potencias industrializadas, dinámicas y en busca de nuevos mercados, parecieron de repente amenazar este conjunto débilmente protegido: Estados Unidos con la mirada puesta en el Caribe, Alemania y Rusia presionando en Oriente Próximo, Francia expandiéndose en África. Ya cargada de posesiones, Gran Bretaña respondió iniciando una apropiación preventiva de territorios estratégicos antes de que lo hicieran los demás: Chipre, Egipto, la columna vertebral oriental de África y el delta del Níger; Birmania, Sarawak, Borneo septentrional y Brunei. La creciente resistencia antiimperialista requirió una represión más dura contra al-Urabi, el Mahdi y los bóers. Gran Bretaña desempeñó un papel decisivo en la carrera armamentística y la expansión territorial de finales del siglo XIX, liderando la transición de un imperio informal de libre comercio a un nuevo orden de imperialismos nacionales enfrentados, la formación de bloques y alianzas polarizadas: la potencia hegemónica mundial, como dijo Giovanni Arrighi, «controlando el conjunto del orden internacional a su antojo»[54].

Si este endurecimiento fue la respuesta al inicio del declive relativo de Gran Bretaña, los trumpistas podrían argumentar que, en sí mismo, fue una iniciativa exitosa. Se necesitaron otros setenta años —y 50 millones de muertos— antes de que Londres siquiera comenzara el largo y sangriento proceso de desamarre de su imperio y pasara el testigo a Estados Unidos, una potencia mucho más poderosa. Es posible imaginar que la dinámica actual ya está evolucionando de la globalización del libre mercado hacia la formación de bloques imperialistas rivales, tal y como se describe en *La geometría del imperialismo*, impulsada como siempre por la acumulación y el desarrollo capitalistas desiguales en el seno de un orden preexistente de Estados-nación territoriales, y acelerada por el escalofriante nuevo consenso occidental en torno al rearme. Pero si Trump está llevando al mundo por ese camino, sometiendo el orden internacional a su influencia, estos son solo los primeros pasos. Mucho depende de si el próximo gobierno continuará en la misma dirección, como hizo Biden precedentemente respecto al primer mandato de Trump, dando por buena la privatización del petróleo venezolano, el cambio de régimen en La Habana, la sirianización de Irán y la «consolidación para una futura guerra» contra China. Por ahora, el camino ante nosotros sigue siendo incierto.

---

[54] Giovanni Arrighi, *The Geometry of Imperialism: The Limits of Hobson's Paradigm*, Londres y Nueva York, 1983; ed. cast.: *La geometría del imperialismo*, Madrid, 1978.